



RABAL SAURA, Gregorio Y CASTEJÓN PORCEL, Gregorio:  
*Los grafitos de la Torre de Rame. Imágenes para otra historia del Mar Menor y su comarca*

Murcia: Ayuntamiento de Los Alcázares y LAEC  
Año: 2022  
Páginas: 398  
ISBN: 978-84-09-42091-9

Publicado bajo licencia CC BY-SA

Gregorio Rabal Saura y Gregorio Castejón Porcel abordan una línea de investigación muy atractiva y desconocida, el estudio de nuestra historia a partir de los graffitis o grafitos hallados en las paredes de las históricas construcciones presentes en nuestro territorio, como pueden ser viviendas de campo, molinos de viento, palacetes o, en este caso en concreto, de una torre vigía ubicada a las afueras de Los Alcázares (Murcia). Una nueva publicación, la primera monografía en la Región de Murcia sobre esta materia, que sumada a otros artículos generan un *corpus* que enriquece la bibliografía regional en una cuestión, por ahora, marginal dentro del patrimonio cultural y el ámbito científico.

El primero de estos investigadores ha destacado por sus estudios sobre ornitología popular, etnobotánica y meteorología popular, así como por trabajos dedicados a la presencia de los animales en la cultura tradicional y aquellos fundamentados en la identificación y análisis de petroglifos en el territorio murciano, un tipo de grabado rupestre realizados al aire libre. Artículos y libros que ponen en el mapa nacional a la Región de Murcia en unas temáticas bastante ayunas durante mucho tiempo en esta comunidad autónoma.

Por su parte, el segundo de los autores ha abordado numerosos estudios sobre el patrimonio hidráulico regional, especialmente el vinculado al municipio de Fuente Álamo de Murcia. Ha estudiado de forma preferente sistemas de captación y canalización del preciado líquido asociado a galerías con lumbreras, defendiendo su interés patrimonial y la necesidad de su puesta en valor. Asimismo, como en el caso que atañe a estas líneas, fruto de su colaboración profesional en los últimos años, también ha trabajado con igual fascinación en el estudio de grafitos y petroglifos.

La obra reseñada se abre con un prólogo de Antonio Javier Zapata Pérez, cronista oficial de Los Alcázares y presidente de la dinámica asociación *Los Alcázares Eco Cultural*, entidad que tantas voluntades ha concitado, junto con el ayuntamiento de esa misma localidad ribereña, para que este texto llegue a nuestras manos. Un trabajo en el que, además de un exhaustivo análisis histórico y arquitectónico del entorno y del edificio, declarado «Bien de Interés Cultural» (BIC) con categoría de Monumento en el año 2006, se identifican más de 300 grafitos hallados en las diversas estancias de la atalaya, reproducidos en el estudio tanto fotográfica como digitalmente, siendo complementados algunos de ellos con bellas y evocadoras ilustraciones del artista Antonio Vidal Máiquez, en concreto las embarcaciones que forman parte importante de esta peculiar pinacoteca. Acompañan a estas imágenes, además, levantamientos topográficos, planimétricos, cartográficos y numerosos gráficos estadísticos; riguroso material gráfico que enriquece, sin ninguna duda, el texto.

Es significativa la precisión de los autores sobre los aspectos técnicos, como el soporte de los grafitos, ejecutados sobre paredes enlucidas de yeso por medio de técnicas como la incisión con elementos cortantes o puntiagudos, el dibujo con restos de carbón, la pintura con pigmento de color rojo tipo almagra, o el lápiz de grafito, técnica empleada en momentos más recientes a nuestra época. A través de ellas, los anónimos responsables plasmaron un amplio repertorio iconográfico de temática muy diversa, en el que los motivos que sugieren estas expresiones gráficas son los antropomorfos, arquitectónicos, epigráficos, aviones, barcos, geométricos, objetos, zoomorfos, cuerpos celestes, religiosos, elementos de contabilidad, vegetales y otros indeterminados. No obstante, entre todos ellos ha de subrayarse la singular e hipotética representación de un cuerpo celeste, que bien pudiera ser un cometa, y la de un significativo número de meteoros, además de una importante suma de embarcaciones documentadas, ciertas representaciones antropomórficas y algunas inscripciones.

Nos adentramos, de este modo, en la historia de las incursiones en las costas del Reino de Murcia de los «ladrones del mar», piratas turco-berberis-

cos tan presentes en ellas durante los siglos XV, XVI y XVII, como lo fueron en su constante acoso a lo largo del periodo correspondiente a los siglos XVIII y XIX. Unas páginas que se acompañan en esta obra con múltiples imágenes de la arquitectura defensiva erigida a lo largo del litoral regional para hacer frente a estos temidos enemigos de la fe, competidores por la hegemonía imperial sobre el Mediterráneo.

La Torre del Rame cumplió, entonces, con las funciones de avistamiento, aviso y amparo entre sus recios muros de los escasos y atrevidos moradores del lugar. Aunque el análisis bibliográfico y documental no aclara mucho el origen de la edificación, pues diversos investigadores barajan cronologías tan alejadas entre sí como el siglo XIII o el XVII, los autores defienden que la torre se edificó en las primeras décadas de este último siglo, a juzgar por el análisis histórico, el examen de los grafitos presentes en sus muros y el estudio arquitectónico del edificio, en el que se abordan las características, tanto externas como internas, dando cuenta de la disposición de sus habitáculos y sus funciones, sin dejar al margen otras edificaciones anejas asociadas a esta construcción.

En lo que se refiere a los grafitos, se pueden establecer cuatro grandes bloques temporales con una relativa relación temática entre ellos, aunque este criterio presenta el gran inconveniente de la exigua información hallada en los muros sobre fechas que conduzcan por una línea cronológica totalmente cierta. Salvando estas limitaciones, podemos cimentar unas bases que relacionan los grafitos del siglo XVII con la temática naval, teniendo en cuenta que algunas naos se adentran en el XVIII. Una treintena de embarcaciones que conforman todo un conjunto de tipologías diversas de barcos de guerra y mercantes, barcas de pesca y botes.

Se intuye que los desconocidos autores llevaron a las paredes la descripción de sus actividades económicas, sus anhelos y sus temores. Incluso no resulta difícil imaginar que algunas de estas naves, conducidas por corsarios o piratas, sembrarían el horror entre los pobladores del litoral; honda impresión de la que dejaron un testimonio que ha perdurado. O quizá, conjeturan los autores, fuese la expresión nostálgica de la vida libre que disfrutaron en el mar y que ansiaban los bandidos marinos apresados entre aquellos muros por los propietarios de la torre, defensores entonces de nuestras costas tanto por mar como por tierra.

El destino de los detenidos, berberiscos o turcos, sería, con casi toda seguridad, su venta como esclavos o la incorporación, en calidad de esforzados remeros, a la Escuadra de Galeras de España, radicada en Cartagena entre los años 1668 y 1748. En este sentido, llaman poderosamente la atención los

barcos de dos palos con figuras antropomorfas a bordo, uno de tres palos con todo el velamen aferrado y otro de cinco mástiles con las velas desplegadas parcialmente, así como también jabeques, fustas, galeras, galeones y tartanas. No obstante, la imprecisión de lo contemplado, dañado por el paso del tiempo, impide certificar con total exactitud qué tipo de naves son las que se reproducen en la torre; de modo que los autores se ven obligados a proponer hipotéticas adscripciones a partir del minucioso análisis de los trazos presentes en los muros y de otros grafitos estudiados en las riberas del Mediterráneo con los que se puede establecer cierto paralelismo. Destaca, en este punto, la mano diestra de Antonio Vidal Máiquez en el dibujo, entre otros, de una fusta, una galera, una tartana, un jabeque, una polacra, un bergantín y un galeón agalerado. El ilustrador cartagenero nos comunica visualmente de manera nítida aquello que los moradores de la atalaya quisieron reflejar en dibujos más escuetos a razón de sus cualidades recreadoras y de los recursos disponibles.

Unas curiosas figuras antropomorfas exhiben vistosos tocados que recuerdan a los jenízaros del imperio otomano, como nos demuestran los autores en una ilustración de principios del siglo XVII que adjuntan. Una información que, además, puede ser valiosa para los organizadores de la celebración local conocida como «Fiesta de las Incursiones Berberiscas en el Mar Menor», pudiendo diseñarse con esta nueva averiguación vestuarios de la soldadesca en liza y enriqueciendo la narración de los acontecimientos teatralizados, tan característicos de esta festividad.

Asimismo, llama poderosamente la atención un grafito epigráfico escrito en árabe, realizado posiblemente en el belicoso siglo XVII, cuando la función de la atalaya era plenamente defensiva, razón por la cual se erigió. Se ejecutó mediante incisión leve y contiene la palabra ALLAH y, junto a ella, probablemente, el nombre de MUSTAFÁ, cuya significación es «El Elegido», en clara alusión al profeta Mahoma. Una circunstancia que apunta a una autoría próxima a aquellos tripulantes que fueron capturados y encerrados en el recinto defensivo. Por el contrario, otro grafito nombra a DIOS, quizá por oposición al anterior o como ruego de protección en una situación de adversidad.

En esta etapa concerniente al periodo aludido, han hallado también sistemas de contabilidad que alcanzan hasta el siglo XX, un bloque temático de gran relevancia puesto que suma el mayor número de representaciones murales catalogadas. Para ello, se utilizan variadas tipologías como líneas verticales paralelas, líneas verticales atravesadas por una línea horizontal por el centro, líneas horizontales unidas por una vertical y otras muchas formas. En efecto, son cuantiosas las posibilidades de medir, creen los autores, el paso del tiem-

po de los apresados, el cómputo del pago de jornales o la cuantificación de la producción de la hacienda, cuya funcionalidad como parte de la unidad de producción agraria y, por tanto, de las estancias de labor, fue ganando peso con el cese del acoso enemigo.

En el periodo que abarca el siglo XVIII hallamos expresiones de religiosidad, inscripciones y un ave posada sobre una rama. Son nueve las cruces, añadiendo dos peanas o calvarios, aunque sin motivo cruciforme que los remate, y la celeberrima cruz de Caravaca, tan presente en la religiosidad del pueblo aún hoy en día. Apreciamos la simbología del Sagrado Corazón, frecuente entre las devociones del Barroco y, como elemento singular y de gran interés, lo que identifican como el Árbol de Jesé en una representación muy simplificada. En cuanto al ave, esta se encuentra sobre una rama florida y puede dar buena cuenta del descenso de las *razzias* sufridas por campesinos, pastores, pescadores, soldados y marinos que faenaban en el entorno, propiciando el asentamiento estable en los caseríos diseminados por el territorio. De este modo, la expresión gráfica reflejaba un cambio de ciclo esperanzador que les hizo recurrir cada vez menos a la seguridad que les proporcionaba la edificación defensiva. Así, parece que en el trino y en el ramaje florecía la alada esperanza.

Por tanto, durante el siglo XIX la finca en la que se ubicaba la torre se orientó plenamente a la explotación agropecuaria, tal y como se refleja en los motivos contables. Además, los autores identifican la inscripción de un año, 1868, bajo la leyenda SAN RAFAEL COMPAÑA, fecha significativa en la historia contemporánea de España por el estallido de la revolución conocida como «La Gloriosa», aquella que derrocaría a los Borbones, dando paso a un periodo democrático, y en la que Cartagena adquirió gran protagonismo en su triunfo final. Sostienen estos autores que la significativa inscripción puede reforzar la idea de las esperanzas puestas en la nueva etapa política que se abría tras la rebelión.

Por último, el siglo XX nos ofrece un grafismo en el que destacan complejas operaciones matemáticas conforme aumentaba el grado de instrucción de los pobladores, con anotaciones realizadas a lápiz que informan de un uso de la torre como almacén y centro de distribución de grano (maíz, avena, cebada), forraje o la función de palomar. Así, se aprecian sumas, multiplicaciones y divisiones. No obstante, lo más significativo atañe a la Guerra Civil, pues esta irrumpe con el vuelo de cuatro aviones soviéticos Polikarpov I-16 conocidos popularmente, entre otras muchas denominaciones, como moscas; aparatos que llegaron a la base aérea de Los Alcázares en 1936 en apoyo del gobierno republicano.

Aquellos «artistas» del gran lienzo de la Torre de Rame entran en la historia merced a una obra inaugural de un aspecto patrimonial prometedor, que reúne el mayor conjunto de motivos documentados y analizados en nuestra región y, sin duda, uno de los más relevantes del Mediterráneo. La historia también se escribe a partir de los sencillos trazos que ofrecen, en las páginas de estas paredes, la crónica de lo vivido por los que la sufrieron y, queremos pensar, igualmente la disfrutaron.

José Sánchez Conesa  
*Cronista Oficial de Cartagena*